

Biblioteca Universitaria, vol. 25,  
núm. 2, julio-diciembre, 2022.  
DOI: <http://dx.doi.org/10.22201/dgbsdi.0187750xp.2022.2.1480>



## VALLEJO MOREU, IRENE

El infinito en un junco: La invención de los libros en el Mundo Antiguo. 2019. Biblioteca de Ensayo. Serie Mayor: 105. Siruela. 452 p.

**E**l infinito en un junco: La invención de los libros en el mundo antiguo es un ensayo que Irene Vallejo lo transforma en una máquina del tiempo que traslada a sus lectores, a través de la historia del libro, a diferentes momentos, épocas y lugares, –como las bibliotecas– así como situaciones, algunas muy placenteras y otras terroríficas. Asimismo nos introduce en las mentes y vidas íntimas, para conocer y sentir los efectos que producen los libros en ella misma pero también en distintos personajes como escritoras, escritores, lectoras y lectores, escribas, impresores, bibliotecarios y otros que se convierten en sus cómplices, ya que participan en las aventuras que vive el libro, bien para escapar de enemigos o para establecer distintas relaciones intelectuales y emocionales, e incluso convertirse en una adicción, no sin consecuencias, como podemos constatar en esta travesía.

El estilo narrativo que la autora eligió para emprender esta aventura en busca de información y pistas para seguir la azarosa vida de los libros, lo podríamos denominar “académico–literario”, porque se puede leer de una u otra forma; pero si se opta por dejar que la narración sea la que conduzca la lectura, sucede un peculiar fenómeno, ya que nos genera efectos de interrelación o intercambio de dimensiones entre el placer intelectual y el estético, a manera de una banda de moebius,  $\infty$ , que simboliza al infinito.

Leer este libro me ha permitido recordar, descubrir y aprender sobre aspectos que me han ampliado mis saberes de manera tan grata, que quisiera plasmarlos aquí y compartirlos con el lector de esta reseña, para cuya redacción elegí, de entre el conjunto de cómplices del libro, a las bibliotecas y bibliotecarios.

Cuando leí la obra *El infinito en un junco*, supuse que, muy posiblemente, mi experiencia de lectura, al descubrir y aprender, es la misma que han vivido otros lectoras y lectores a lo largo de tres años, pues sin duda esta obra ha conquistado a un variado y abundante público, que se hace patente por las numerosas reimpresiones, tirajes amplios y traducciones en idiomas varios, lo cual sorprende, como la misma autora lo ha declarado, porque el tema se ubica en el interés de estudiosos de los campos relacionados con la cultura escrita, y no con otros más comerciales de los que se esperarían otros resultados.

RESEÑAS

En el prólogo Irene Vallejo inicia narrando las aventuras del libro ubicado en el siglo III, a.n.e. en el Egipto antiguo, en donde unos cazadores deben cumplir con la orden de encontrar a unas presas que tienen peculiaridades muy especiales, *silenciosas, astutas, que no dejan rastro ni huella*. Esos jinetes tuvieron que cruzar por diferentes territorios, vencer obstáculos y peligros, a fin de cumplir con esa importante misión que les encomendó su autoridad máxima, para ello les proveyó de importantes sumas de dinero, pues la empresa era muy complicada y hasta ponía en riesgo sus vidas y debía mantenerse en estricta secrecía. Pero ¿quiénes eran esas presas por las que el poderoso Rey de Egipto estaba dispuesto a dar lo que fuera, incluso la vida, para cumplir ese insaciable deseo de tenerlos? Eran los libros. Dice la autora *“Ese frágil objeto puede despertar esa pasión por conseguir todos los libros del mundo para su Gran Biblioteca de Alejandría”*. Cumplir con la meta de reunir todos los libros existentes en ese momento requirió emprender distintas estrategias y así alcanzar el sueño de tener una biblioteca universal. Alejandro el Magno paradójicamente manda quemar la biblioteca del rey de Persépolis, quizá por envidia u odio, y se perdieron libros sagrados, pero los fieles los habían memorizado y lograron reescribirlos. Esas pasiones que despierta el libro, provocan la bibliofilia, ese amor desmedido que ha llegado incluso a impedir que otros los posean; también la bibliomanía, un deseo insaciable de poseerlos, y otras bibliopatías como la biblioclastia o el miedo y odio que provocado la destrucción de millones de libros. Ese frágil cuerpo ejerce todos esos poderes sobre las emociones, pensamientos y actos de los humanos que se narran en la obra.

Los pecados de robo, destrucción, mutilación de los libros propició que las bibliotecas más antiguas de Mesopotamia, Siria, Asia Menor y Persia deseaban a los ladrones y destructores de textos, por ejemplo, que los dioses les arranquen los ojos, los vuelvan sordos, disuelvan su vida como el agua. A quien rompa esta tablilla o la ponga en agua o la borre hasta que no pueda entenderse, *que los dioses y diosas del cielo y de la tierra lo castiguen con una maldición que no pueda romperse, terrible y sin piedad, se borre de la tierra, sea carne para perros*. Al respecto, Irene Vallejo comparte sus experiencias personales en las bibliotecas, es el caso de la Biblioteca Bodleiana en la Universidad de Oxford, adonde acudió con el propósito de sentir el placer de explorarla, pero antes de eso fue conducida y trasladada al pasado en el momento en que procederá a un juramento ante una baraja de tarjetas: *obedecería las normas, no robaría ni dañaría ni desfiguraría ningún libro, no prendería fuego a la biblioteca ni ayudaría a provocar un incendio para contemplar con placer diabólico cómo las llamas rugientes engullían sus tesoros hasta reducirlos a cenizas*.

Por otro lado, nos da testimonios del sentimiento de envidia que provocan los libros, con una interesante consecuencia. Es el caso de las autoridades de Egipto, quienes, para evitar tener competencia con otras bibliotecas como la de Pérgamo, prohibieron venderles papiro y así limitar el crecimiento de sus colecciones. Pero el deseo del rey por tener libros hizo que se buscaran soluciones y pronto las encontraron en la piel de cabra que, mediante un especial proceso, se convirtió en el pergamino, un soporte de material muy resistente que facilitaba la escritura; pronto desplazó al papiro y al formato rollo, así que ese cuerpo devino en formato códice, con una exquisita textura, como la describe la autora, quien acudió a la Biblioteca Riccardiana en Florencia por el mero motivo hedonista, como lo confiesa: *quería rozar y acariciar ese libro, deseaba experimentar el goce sensual tan severamente custodiado por los guardianes del patrimonio. Me excitaba tocar una obra de arte nacida para el placer de un aristócrata y su pandilla de amigos privilegiados. Allí tuve por primera vez entre mis manos un manuscrito de pergamino realmente valioso. Nunca olvidaré aquellos minutos de intimidad —casi erótica— con un Petrarca del siglo XIV. Tal vez el impulso de escribir este ensayo nació al calor de aquel libro de Petrarca que susurraba como una suave hoguera*.

Respecto a la fundación de bibliotecas, Vallejo nos remonta a los años de 1300 a 1500 a.n.e, una época en la que ya los encantos del libro –por los saberes y los placeres que en ellos se pueden encontrar–, fueron despertando el deseo de poseerlos y así empiezan a formarse y multiplicarse las bibliotecas privadas, privilegio de clases sociales nobles o con recursos para obtenerlos. Asimismo, entre los esclavos destinados a las bibliotecas, se encontraban copistas, bibliotecarios y lectores en voz alta. Pero también abrió oportunidades a los bandidos que robaban libros para venderlos a los bibliófilos, pasión que se fue contagiando y que propició la multiplicación de esas bibliotecas.

Después en la antigua Roma surgen las bibliotecas públicas. Julio César había gestado la idea y luego Asinio Polión logró hacerla realidad gracias a un rico botín que ubicó en un espacio del santuario de la diosa Libertad, y que estaba abierta a los lectores, escritores, estudiosos, amantes del conocimiento y copistas desde el alba hasta el mediodía.

La autora hace referencia a dos bibliotecas en la época de Augusto, una en el monte Palatino y la otra en el Pórtico de Octavia, que ofrecían espacios cómodos para la lectura y estanterías que facilitaban localizar los libros. Algunas bibliotecas públicas ofrecían servicio de préstamo a domicilio, en el siglo II las salas de lectura proporcionaban lecturas para el disfrute. Así, en el año 350 d.n.e., 29 bibliotecas privadas y públicas poblaron las calles del Imperio romano, también se encontraron rastros de bibliotecas en Cartago en Túnez y Timgad en Argelia.

En el tránsito hacia el siglo IV d.n.e, empezó el debilitamiento del Imperio romano y con ello las bibliotecas empezaron a perder su esplendor. Para después surgir las bibliotecas monásticas que se distinguieron por sus ricas colecciones gracias a los excelentes copista e iluminadores.

Sin duda los libros han logrado mantenerse con vida ofreciendo en sus páginas saberes y placeres, asimismo siguen recogiendo, registrando y difundiendo la historia de los seres humanos de diferentes épocas y lugares; han continuado ofreciendo conocimientos y enseñanza; despertando la inspiración, la imaginación, las emociones y el deseo de saber, es decir, no han dejado de ser una fuente de información inagotable. Pasando por un sinnúmero de aventuras, han llegado hasta el presente siglo XXI, en donde no están exentos de riesgos, ya que ahora se ha vaticinado que dejarán su tan antiguo ropaje físico para convertirse en un objeto inmaterial, al pasar a la identidad digital. Asimismo, otro peligro es el que las y los lectores de libros impresos disminuyan, ya que prefieren otros medios que no les implican esfuerzos de leer, pero con ello nos preguntamos: ¿quién estará más en riesgo: la comunidad lectora que, al debilitarse su capacidad de leer, imaginar, emocionarse, ceden el contenido de su memoria a la máquina; o los libros; o las bibliotecas que se quedarán vacías y desaparecerán igual que las librerías?

Un aspecto interesante para el campo bibliotecológico fue que, en la biblioteca de Alejandría, tuvo su origen la profesión de bibliotecario. Demetrio de Falero, responsable de la adquisición y clasificación de los libros por temas, aprendió de su maestro Aristóteles ese tipo de organización de las colecciones. Y también allí otro destacado poeta bibliotecario, Calímaco de Cirene, considerado “padre de los bibliotecarios”, es el primero en elaborar un catálogo de autoridades, es decir, un catálogo que incluía los nombres de los autores, lo que requería de una ardua investigación para verificar nombres incorrectos, su autenticidad y falsas atribuciones. Si hoy en día, con las facilidades de internet, se considera una tarea muy complicada, habría que pensar cómo sería en aquella época el identificar a los padres de los libros.

Otros famosos escritores que han tenido el cargo de bibliotecarios son Goethe, Casanova, Hölderlin, los hermanos Grimm, Lewis Carroll, Musil, Onetti, Perec, Stephen King y entre las bibliotecarias, menciona a María Moliner (autora del famoso diccionario que ella sola elaboró) y Gloria Fuertes quien declara: *“Dios me hizo poeta y yo me hice bibliotecaria”*. La autora señala que hasta principios del siglo XX eran hombres quienes ejercían el puesto de bibliotecarios, pero luego se incrementó el número de mujeres en ese oficio, llegando a ser mayoría. Las bibliotecas y los bibliotecarios al ser aliados de los libros *tienen su propia historia universal de la infamia: ataques, bombardeos, censura, depuraciones, persecución*.

Mientras que los libros sigan propiciando el goce intelectual y estético, la cadena no se detendrá y así el infinito será eterno, pero se necesitan bibliotecarias y bibliotecarios, tal como lo describe Irene Vallejo, aquellos jinetes que en 1934 llegaron a las altas montañas de Kentucky para llevar libros y repartirlos entre la población, que les despertaban el gusto por la lectura, mejorando *la salud y los hábitos de higiene en la región —las familias aprendieron, por ejemplo, que lavarse las manos era mucho más efectivo para evitar cólicos que soplar humo de tabaco sobre una cucharada de leche—*. Los adultos y los niños se enamoraron del sentido del humor de Mark Twain, pero el título más demandado fue *Robinson Crusoe*. Los clásicos pusieron en contacto a los nuevos lectores con un tipo de magia que siempre se les había negado. Los escolares letrados los leían a sus padres analfabetos. Un joven dijo a su bibliotecaria: *«Esos libros que nos trajiste nos han salvado la vida»*.

Los conocimientos y los placeres que han deparado los libros forjaron *una cadena invisible de gente —hombres y mujeres— que, sin conocerse, ha salvado el tesoro de los mejores relatos, sueños y pensamientos a lo largo del tiempo*. Debemos a los libros *la supervivencia de las mejores ideas fabricadas por la especie humana*.

Como refiere autora el acto de leer es un *“ritual que implica gestos, posturas, objetos, espacios, materiales, movimientos, modulaciones de luz”*, por ello, es necesario conocer *“cómo leían nuestros antepasados en cada época, esa red de circunstancias que rodean el íntimo ceremonial de entrar en un libro”*.

Vallejo en su obra nos enseña historia, geografía, cultura, como lo hizo la gran biblioteca de Alejandría, en donde se reunieron todos los libros sobre todos los temas que en ese momento existían, traducidos al griego, empezaron a traspasar fronteras. Esta biblioteca fue la primera en abrir sus puertas a toda persona que deseara saber, investigar y aprender. Y Vallejo la compara como la moderna Web, que se inspira en los procesos que siguen las bibliotecas para facilitar a las y los lectores que encuentren los libros.

Irene Vallejo nos despierta el deseo de indagar y unirnos a los cazadores de aventuras para adentrarnos en las bibliotecas y en otros lugares, encontrar libros que nos cuenten sus avatares, secretos, saberes y así nos mantengan con ese deseo y placer de seguir indagando y descubriendo sobre la interminable vida de los libros y todo lo que está vinculado a ellos; lo que han aportado a través de ellos miles de escritoras y escritores; y sobre todo establecer un diálogo interminable con las y los lectores mediante los libros. ■

**ELSA MARGARITA RAMÍREZ LEYVA**

Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información